

*SIETE ENTREVISTAS APÓCRIFAS  
Y UN SOLILOQUIO*

1. H. G. WELLS
2. SIR ARTURO CONAN DOYLE
3. JOSE MALLORQUI
4. JULIO VERNE
5. GEORGE SIMENON
6. AGATHA CHRISTIE
7. EDGAR RICE BURROUGHS

**E**N otro MONTEAGUDO (n.º 33, 1961) aparecieron otras entrevistas, quizá de mayor porte, donde mis interlocutores apócrifos fueron Gabriel d'Annunzio, Marcel Proust, José Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, George Bernard Shaw, y Gilbert K. Chesterton. Ahora, al insistir sobre el tema, pensé que tratarasen de escritores más tocados de popularidad.

Estas son siete entrevistas más cuya plática he querido mantener acorde en una zona personal de afectos como lo hice en la primera ocasión. Es grato para un escritor el escuchar lo que pudiera haber sido dicho por alguien a quien admira. La admiración es un poco quedarse sin saber que decir, y eso es lo que uno ha querido hacer en estos encuentros tan fortuitos que sólo están en el hallazgo misterioso de la invención.

Wells, Conan Doyle, Mallorquí, Verne, Simenon, Christie, Rice, son autores que han recibido muchas horas del autor de estas entrevistas noveladas. Como un homenaje cordial, como una aproximación al entendimiento, he escrito estas siete presencias mientras el otoño tiembla sobre las ventanas.



¿Habrá una tercera ocasión? Esta es, tan sólo, la segunda. Aun me quedan admiraciones que contar, y tantas que debo resistirme muchas veces a dialogarlas. Son éstas como pasillos de entrevistas, rápidos vislumbres entre una y otra lectura, lugares de paso más o menos obligado para el autor.

Es éste un pequeño teatro sin telones, donde la puesta en escena más que una puesta de sol es una epifanía. Pienso que estos siete novelistas, que van a ocupar las páginas siguientes, son escritores por los que todos hemos ido pasando y volviendo. Todos ellos ostentan una manera de elección. Fuera de la hora de estudio, en terreno del ocio, En la quietud de la habitación, en el traslado del viaje, vamos atendiendo una lectura de distracción, donde el problema tiene un amplio ademán obligatorio.

Uno ha tenido siempre su dilección puesta sobre formas novelescas extremadas. Quizá, a fin de cuentas, no haya nada tan universal como un quiosco, esa garita de urgencia. Los temas importan y hasta pueden mostrarse en la continuidad. Wells nos cuenta sus monstruos sin laberinto, Conan Doyle nos relata a Holmes con el doctor Watson como terapeuta, los astronautas de Rice Burroughs son vencidos por un mozo cuyos saltos harían palidecer a Nijinski, Mallorquí se obstina en el Coyote y esa deliciosa criatura que se llama Adelita, Verne insiste en los artefactos, Simenon en ese extraordinario Maigret, Agatha Christie en Poirot a través del buen capitán Hastings.

Ya sé que esto no es una ejercicio serio, porque no lleva notas a pie de página, ni tampoco bibliografía. ¡Qué le vamos a hacer! Uno no dispone de erudición, aunque le gustaría contar con ella. Este es un soliloquio apresurado, donde la vigencia de la memoria domina sobre los conocimientos.

Esto que viene después es una muestra de siete rostros que han realizado una obra, una obra sin duda importante. Lo que ella ha contado fue el endriago, el homicida, el enmascarado, y el selvático. Pero también el investigador, el ingeniero, el astronauta, etc. Quizá el amor no se muestre demasiado en ninguna de estas nueve ocasiones para el coloquio. Se trataba al fin de un extremismo.

He tenido de siempre, esa exageración, especialísimo interés por una singular cuestión social exorbitante, y como final de este soliloquio arbitrario apuntaré algo de mi bibliografía personal para esta llamada en tono menor.



- «La aventura y su novela», *Arbor*, noviembre 1956.
- «De novela policíaca: Philo Vance y el dandismo». *Cuadernos hispanoamericanos*, noviembre 1963.
- «La razón maquinante o la novela de folletín». *Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Salamanca*, enero-abril 1956.
- «Horizonte de Julio Verne». *Cuadernos hispanoamericanos*. (no recuerdo número ni fecha).
- «El mundo novelesco de Julio Verne en el cincuentenario de su muerte». *Boletín informativo del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Salamanca*, julio-agosto 1955.
- «Dos casos de la novela policíaca: Mason y Poirot. El buscarruidos y el tranquilo». *Monteagudo*. Univ. de Murcia, 1961.
- En periódicos y revistas, muchos más.

# 1

H. G. WELLS

**B**UENOS días, señor Wells.

—¿Qué se le ofrece? Por favor, siéntese. Estoy ocupado ahora mismo en otra civilización.

—¿En la civilización de Griffin, o en la civilización de Moreau?

—Le entiendo. Usted se refiere al monstruo de sí mismo, o al monstruo que se repite en los demás.

—Me refiero al terror. A la Era del hombre Invisible. ¿Recuerda usted a Kemp?

—Sí. Se refiere usted a la víctima, que no era precisamente un portento.

—No, no era un tipo simpático. Usted no ha hecho tipos simpáticos, señor Wells.

—Es posible. No me gusta la gente simpática, siempre quiere ganar algo.

—¿Conoció usted a Griffin?

—Sí. Le conocí a pesar de ser invisible. Fue un hábil físico.

—¿Tanto como Moreau un buen cirujano?



—Posiblemente. También conocí a aquellos extraños seres que asaltaron la tierra venidos desde Marte. ¿Sabe usted? Hay el mundo de los ángeles y el mundo de los monstruos. ¿Qué iba yo a hacer en el mundo de los ángeles? No soy un místico. Además me obsesionaba el monstruo.

—Frankenstein, Hyde...

—Sí. Yo arranqué la máscara a mis monstruos. No escribí novelas edificantes. Me horroriza la bondad natural. Prefiero la elección: al hombre que piensa que la maldad puede llevarle al éxito, pero que decide ser bueno en lo posible. Me da miedo la gente piadosa, pero creo que el ser humano no es nada sino cuenta con la piedad.

—¿Fue amigo de Shaw?

—Era vegetariano y fanático. No, no me gustó nunca Shaw. Entre el abstemio Shaw y el bebedor Chesterton, me quedo con éste. Chesterton exponía su hígado. Creía en la resurrección de la carne, y hasta en la resurrección del hígado. Shaw solamente creía en Shaw. Se hacía muecas ante los espejos, pero muecas dramáticas. Yo no puedo aguantar los espejos, cuando me veo obligado a mirarme al espejo siempre me saco la lengua.

—Usted ha viajado mucho.

—Sí. He sido el gran profeta de mi tiempo.

—Ha sido usted una institución pública.

—Creo que ningún hombre ha sido tomado tan en serio como yo lo he sido. A veces yo me sentía en la oscuridad como un monumento. Pero siempre he cumplido con mi deber.

—Quizá nadie ha creído con tanta fuerza como usted, Wells; pero lo que creyó un día lo destrozó al siguiente.

—Yo quise organizar el planeta, señor. Y creé mundo nuevos.

—Eso es lo malo. Se perdió usted en la anticipación, en lugar de ganar la actualidad. De pronto se hizo usted un soñador del futuro, un soñador de catástrofes, pero un soñador al fin.

—He amado la utopía, porque he amado la perfección.

—Y el paraíso terrenal. Tanto como ha odiado la violencia y la anarquía.

—Es que me horroriza el absurdo. Por eso muchas de mis novelas están escritas con horror.

—Pero pase lo que pase, creo que los hombres no dejarán de leer sus obras, sus novelas. Desde Griffin a Moreau todos esos habitantes de la crispación interesarán siempre...



## SIR ARTURO CONAN-DOYLE

**E**L señor Conan-Doyle?

—*Pase, pase...*

—*Quería hacerle unas preguntas.*

—*¿Una entrevista?*

—*¿Si me lo permite?*

—*Tiene usted cara de asesino.*

—*No me extraña. El asesino es siempre más circunspecto que la víctima. ¿Qué piensa usted de la novela policíaca?*

—*Querrá usted decir de las novelas de Sherlock Holmes, el resto es exageración y monotonía.*

—*Bueno, como usted quiera. Pero no se olvide de Edgar Poe.*

—*Poe es un poco el pariente pobre que tiene talento, pero que derrocha su vida. Como no tuvo dinero que tirar, arrojó su vida por la borda.*

—*Y, sin embargo, usted odió a Sherlock Holmes*

—*Sí. Tanto como Shakespeare pudo odiar a Hamlet, o como Cervantes pudo odiar a Don Quijote. El personaje es siempre el superviviente, y el cadáver es el autor.*

—*Usted creó un género...*

—*Sí. Hice de la muerte una fórmula, ni siquiera un problema.*

—*Señor, usted es un genio.*

—*No lo sé. Lo que sí hice fue secularizar la muerte violenta. Levanté sobre la muerte un mundo de entretenimientos, en donde el amor quedaba eliminado. Todo se apoya sobre el móvil, ese traslado.*

—*¿Y Holmes?*

—*He tenido que luchar años y años conmigo mismo para poder tomar cariño a Sherlock Holmes. Yo le tenía afecto a Watson. El pobre Hércules Poirot se ha dado cuenta de esto. Pero Holmes se me escapó de las manos.*

—*No diga eso, Holmes es obra de usted.*

—*Después lo he visto claramente. Con él surge el gran detective y su aislamiento emocional, ese mundo de solteros de la investigación.*



—Pero Holmes, además de ser el primero, es distinto.

—*Me agrada escucharlo, amigo mío. Usted sabe que Holmes me irritaba, pero después le he ido tomando cariño. ¡Qué soledad la suya! Ras-caba su violín, fumaba sus pipas, y disparaba sobre las paredes de su habitación en la calle Baker, hasta grabar las iniciales de la reina Victoria.*

—Holmes fue un reaccionario. Pero eso es lo de menos. No le cabía otra salida. Sin embargo es el detective particular más importante de la novela policíaca.

—*Lo sé, lo sé. ¡He leído tantas novelas policíacas después! ¡Cuántos muertos cree usted que habrá producido la novela policíaca? Es como un frente de batalla. Millones de muertos, millones de asesinatos...*

—Pero eran muertes verdaderamente incruentas, Doyle.

—*Ya ve. Quise hacer la novela histórica, que era lo que me gustaba. Pero la realidad me sujetó a Holmes.*

—Y es bastante. Usted inauguró una manera de narración que puede llamarse el caso, donde el acontecimiento y el azar se mezclan.

—*La verdad es que ahora, cuando el tiempo ha pasado, veo a Sherlock Holmes desde otra esquina distante a la de entonces, cuando lo escribí. Sherlock ejerció una profunda seducción sobre el lector. Hubiese escrito muchas más historias de él, pero me irritaba, y sobre todo me desconcertaba.*

—¿Y Moriarty?

—*Verá. Es curioso que hubiese instantes en que el profesor Moriarty me fuese más simpático que Holmes. Este me repelía.*

—¿Y Watson?

—*En alguna ocasión traté de que Watson venciese a Holmes, pero no fue posible. Todo relato tiene sus posibilidades, y echarlas a un lado es el mayor fracaso, el gran error de un escritor. Hubo un momento en que pensé en casar a Holmes con Mary, pero quien se casó con ella fue Watson.*

—¿Qué lee estos días?

—*Repaso Fantomas. No me explico su éxito. Es un folletín malo. El inspector Juve es un pelmazo. La técnica es folletinesca, y se advierte a Montepin, a Du Terrail, a Sue, como antecedentes. Mi Holmes mejor es el de las novelas cortas, cosa que nunca podrá resistir Fantomas, que pertenece a la peripecia continua.*

—¿Y cómo murió Holmes?

—*¡Cualquiera sabe! Yo creo que no murió, quizás porque no vivió nunca, porque no se sujetó a nada. No se ató a un amor, ni a un retrato.*



—Es cierto, muchas veces se dice que alguien se viste de Holmes por culpa de algo que lleva, como una pipa, o una gorra. Pero eso insiste en la razón de que ha creado un tipo.

—*Un tipo que ha sido imitado hasta la saciedad.*

—Pero que inventó usted.

—*De acuerdo. Otro día seguiremos.*

### 3

JOSE MALLORQUI

**Q**UERRIA verle, señor Mallorquí,

—*Ya me está viendo.*

—Pero también quería hacerle unas preguntas.

—*Ya puede hacérmelas.*

—Verá. Tengo una gran admiración por usted y sus colecciones. Hay un momento en la obra que surge la colección, pero además usted es la gran colección española.

—*Gracias. Pero no veo las preguntas.*

—¿Cómo pensó «El Coyote»?

—*Verá usted...*

—Permítame, sé lo que va a decirme.

—*Entonces no diré nada. Usted ha venido a preguntarme, si mis respuestas cree usted que no valen, ¿a qué vino? Esto es corriente aquí en nuestro país.*

—Perdóneme.

—*Bueno, yo he perdido un poco el hilo de lo que decía usted.*

—Le preguntaba por «El Coyote».

—*¡Ah, sí! Pensé «El Coyote», pero también a don César de Echagüe. En muchos relatos aparece este doble signo de ocultación y de presencia. Piense usted en Pimpinela, y en "El Zorro". Y en la exageración a Jekyll y Hyde.*

—Bueno, pero además usted ha escrito novelas deportivas, y policíacas. Usted ha hecho una extraordinaria novelística. César de Echagüe y



«El Coyote» son dos extraordinarios hallazgos, dos rostros en la más rotunda decisión del disimulo,

—*Es el mundo de la máscara. No se trata de extremismos reales, de bondad y de maldad, de riesgo y comodidad, sino del antifaz. El rostro de H'chagüe es el mismo que el rostro de "El Coyote". Y también el amor es el mismo amor.*

—¿Qué escritor le horroriza más?

—*Faulkner, y sobre todo "Santuario". Pienso en la muchacha, ¿sabe? No puedo perdonar a Faulkner lo que le pasó a esa chica. Ni a Chase lo que le ocurrió a mis Blandish. Yo soy un catalán español que escribe sobre una Tejas española casi. No aspiro al Premio Nóbel, pero creo en la bondad, y mis malos lo son siempre con un punto para la salvación. ¡Pobres chicas! Una muchacha es algo estupendo, delicioso... Estos dos libros gemelos avergonzarían al mismo infierno.*

—Pero ¿sus novelas tienen muertes violentas?

—*Sí. Pertenecen al pequeño o gran guñol del relato del Oeste. He escrito, como sabe, novelas deportivas: de ciclismo, de rugby, de natación, de baloncesto, de automovilismo. Lo importante en ellas era, precisamente, la pugna. Porque lo secundario era el resultado. Soy poco amigo de las fórmulas.*

—Pero, amigo mío, sus novelas son formularias muchas veces.

—*Que se cree usted eso. Lo formulario es siempre el horror.*

—¿Quiere usted decir lo trágico?

—*Quiero decir lo que he dicho: el horror, la infamia.*

—Usted ha creado un personaje delicioso, Mallorquí.

—*Eso me interesa, usted dirá...*

—Se trata de Adelita.

—*¡Ah!*

—Inteligente, simpática, ambiciosa, bella, joven.

—*Es usted sagaz.*

—He pasado ratos muy divertidos siguiéndola en sus novelas.

—*Adelita es uno de mis personajes preferidos. La cuidé mucho.*

—También yo lo hice. La he releído, y siempre me quedó una alegría suave después de acabarla.

—*No hay un escritor de minorías. Eso algunas veces me preocupaba, pero es que no puedo serlo, no me siento capaz, y muchas veces me alegra. Pero estoy seguro de ser un escritor. ¡He escrito tanto!*





—«El Coyote» será siempre una lectura fascinante para el muchacho, y también para el mayor.

—No sé. He escrito posiblemente para la juventud, ese destino. Pero pienso que la juventud más que una edad es una manera de ser. Hay jóvenes de sesenta años, y viejos de veinticinco años. ¿No le parece?

—Yo sólo puedo decir que me gustaría brindar por Adelita, y que si no levanto mi copa es porque no tengo copa para levantar.

—Se lo agradezco, pero tengo que seguir escribiendo. No es que me moleste su presencia, pero necesito que se vaya y me deje escribir. Le agradezco lo que me ha dicho sobre don César y Adelita, pero le agradeceré también que se marche y me deje continuar.

## 4

JULIO VERNE

**S**IENTESE donde le parezca.

—Sólo se trata de unas preguntas.

—¿Qué quiere saber?

—Sus previsiones, señor Verne.

—¡Qué tontería! ¡Mis previsiones! Se repite que yo he previsto una época. Y sin embargo no he previsto nada. Llevé hasta las últimas consecuencias un número de anhelos humanos, que se empezaban a perfilar. Todo a través del relato, de la novela. Yo no soy un investigador, ni un filósofo. Todo eso me horroriza.

—Pero su obra está repleta de conquistas que fueron realizándose después. Eso no puede usted negarlo.

—Puedo. Llené mis libros de artefactos que me parecían divertidos. Pero nada más que eso.

—¿Solamente?

—¿Ha estudiado usted un texto de bachillerato que se llamaba "Lecciones de cosas"? ¿Y otro que se titulaba "Terminología"? Hace tiempo que no existen. La pedantería es así. Yo no aceptaría nunca ser profesor de Química, pero me hubiese gustado explicar "Lecciones de cosas", o "Terminología".



—Pero hay muchas invenciones...

—*¿Lo ve? No es usted muy inteligente, amigo mío. Pero la verdad es que hay poca gente inteligente. Nadie se ha fijado en la índole de mis personajes. Todos se han quedado presos en la atención de los armatostes. ¿Recuerda usted "La Isla Misteriosa"?*

—Es una novela inolvidable, señor Verne. Pasa el tiempo, volvemos a leerla, y es como un perfume que volvemos a percibir.

—*A mí me hubiese gustado ser poeta, ¿sabe? Escribir versos de amor, pero no fue posible. ¿Sabe usted como iban vestidas las mujeres de mi tiempo? No es fácil explicarlo detenidamente. Piense usted que muchos novelistas emplearon trescientas páginas contando como podía ser desnudada una mujer. Algunas mujeres no lo hicieron nunca por completo.*

—Es una broma, ¿verdad?

—*Nunca he gastado bromas, señor.*

—Pero el viaje a la luna, el viaje submarino, el dirigible, autogiro, la casa de vapor... ¿No están dentro de la anticipación?

—*No. No lo están. Todos los hombres de mi tiempo esperaban, estaban alerta sobre algo que iba aproximándose. Figurese usted que de pronto la gente quiere ir a la luna, lo natural es la búsqueda de un medio de traslado que forzosamente cabe en el cohete. Piense en un hombre que quiera circular bajo el agua, para este caso el cohete no sirve, hay que tantear otra cosa.*

—*¿Por qué quiere usted negar su fantasía genial?*

—*Pues, por eso mismo. Yo no tengo fantasía ninguna, y sobre todo nunca he pensado en ser un genio. ¿Sabe una cosa? Voy a decirle algo que no he dicho a nadie. Yo era un escritor mediocre para el folletín brillante. Intenté escribirlo, y no me salía bien. Me faltaba la capacidad para el sobresalto, para la sorpresa, para la escapatoria. Ponson lo había hecho muy bien, y Paul, y Eugenio... me refiero a Du Terrail, a Feval, a Sue. Montepín era un genio de verdad, a mi mujer le entusiasmaba. Entonces decidí tomar otro camino, seguir otra dirección. Tuve que abandonar la ciudad...*

—No le entiendo.

—*Hice como los romanos, como un tribuno de la plebe.*

—Pero...

—*Escuche, escuche. Hice que la intriga no fuese una condición humana. Lancé a mis personajes sobre la naturaleza. Las persecuciones tomaron otro signo distinto. La lucha no se entablaba ya en las calles, ni las persecuciones se establecían a través de callejuelas misteriosas. El hom-*



bre había de luchar con el espacio, con la zozobra, con el mar, con el cielo...

—Todas las personas de verdadero talento no se dan importancia, señor Verne. Usted tiene talento.

—Creo que no soy vanidoso. Un genio no puede ser vanidoso, pero me revienta que me hablen de mi talento. Yo soy así.

—Tiene razón, señor.

—He abierto un grandioso compartimento del relato, una manera extraordinaria del viaje y su zozobra. He tenido muchos rostros: Robur, Nemo, Fogg, Ciro Smith, Hatteras, Barbicane, Fergusson...

—Lo sé.

—Pero usted ha escrito una conversación con ese pobre Conan Doyle, siempre Holmes.

—Sí.

—Yo he cubierto el mundo con mi gente. Y es ella, a pesar de todo, quien resulta importante. Los artilugios son cosa secundaria. El capitán Nemo es mucho más importante que el submarino. Robur es más sorprendente que el dirigible autogiro.

—¿Y usted?

—Yo los he creado. El riesgo es siempre mío.

## 5

GEORGE SIMENON

**P**UEDO hablarle, señor Simenon?

—Ahora mismo, sí que puede hablarme.

—Gracias.

—No me lo agradezca. Dentro de unos instantes ya no sería posible.

—¿Por qué?

—Me encuentra usted en el intervalo entre dos novelas. Yo suelo vivir así, entre dos novelas. ¿Por qué? Es una necesidad, más que un capricho. Quiero llegar a las diez mil novelas.

—¿Cuántas ha escrito?



—No lo sé. Muchas. Puede que demasiadas. No importa. Aun he de escribir muchas más.

—Usted ha saltado las ventanas de lo policíaco, esa literatura menor.

—¡Qué tontería! Sentiría que fuese usted un imbécil. No hay literatura menor. Sólo hay gente inferior. ¿Conoce usted el chiste?

—No sé.

—Es sobre un tipo al que se le dice: no es que tenga usted complejo de inferioridad, es que es usted inferior.

—Está bien.

—Nunca me he explicado porque se puede considerar novela superior al escape lírico de un imbécil, o las deposiciones amorosas de un imaginativo turbuelinto, y no a un relato policíaco.

—Su...

—No, no me refiero a mi obra. Ya sé que soy un novelista importante. Me joroba ese idealismo sin ideales que se llama existencialismo. Es una teoría nada más. Intenté leer "La Náusea" pero me pareció una tontería. Prefiero los discursos de De Gaulle, o el candor infinitesimal de Malraux. En vez de la existencia, las existencias. Quizá en el fondo sea uno un metafísico.

—¿Qué piensa usted de las novelas policíacas?

—Hay otra clase de novelas, novelas que también he ido yo escribiendo. Pero me parece que sólo hay dos formas reales de novelar, la del amor y la del asesinato. El resto es retórica para imbéciles, y eso que yo respeto al imbécil, entre otra cuestión porque respeto un poco a las mayorías, esa pesadez.

—Hay algo que siempre me interesó de su obra, señor. Puede que sea un error.

—No me extraña. El error es un título de nobleza.

—Me refiero al tamaño de sus novelas.

—¿Al número de páginas?

—Efectivamente.

—Estoy seguro de que doscientas páginas como máximo bastan para contar lo que haya que contar. El resto es farmacia.

—¿Es usted un genio?

—No, por favor. Uno es un hombre inteligente. El genio es un solitario, un imbécil. Además, trabajo demasiado para ser genial.

—¿Corrige usted mucho?



—Me horroriza la corrección. Es un tópico. Y eso que amo los tópicos hasta la exageración. Me niego a corregir, porque es una debilidad.

—¿Usted es fuerte?

—No lo sé. Es posible, y hasta no es seguro. Cuando se ha escrito tanto como yo, no se sabe. Es un misterio. Otro.

—He leído muchas novelas de usted.

—Una parte nada más.

—¿Por qué?

—Verá. Nadie ha podido leer todo lo que he publicado. Este es mi pequeño castigo. Todo el mundo tiene algo que hacer.

—¿Y usted?

—Precisamente. Mi quehacer era escribir.

—¿Entonces?

—Lo que para mí era trabajo, para ellos resultaba descanso, ociosidad.

—Usted ha creado grandes personajes.

—No lo sé. Yo me parece que he creado, sólo eso.

—Pero, Maigret...

—No sé, no lo sé. De veras. Creo que no he creado personajes, aunque sí atmósferas, espacios preventivos que pretenden escaparse a la conjetura, medidas de iluminar fragmentos de ocupación en el cadáver y sus intermediaciones. Es una tremenda unidad de presión donde se mueve la gente que participa en el relato. A mí, los tipos apenas me interesan, lo que cuenta es esa zona interna de influencias, de rodeos. Dar un rodeo es lo que luego el cine, esa farsa, ha dado en llamar suspense.

—Sin embargo...

—Lo siento. Mi tiempo disponible se ha terminado. He de empezar otra novela, y terminarla. Vuelva por aquí otro día, pasado mañana, si le parece. Hasta otro día. No puedo esperar más.



# 6

AGATHA CHRISTIE

**S**IENTESE usted, ahí mismo. ¿Quiere beber algo?

—No. Se lo agradezco.

—No voy a envenenarle.

—Pero usted, señora, sabe que las visitas son peligrosas en ese territorio de la novela policíaca. La visita suele ser una forma de ingerir el veneno.

—No, no diga eso. Yo he matado mucho, ¿sabe?

—Sí, lo sé. Nadie puede contar tantos crímenes como usted, y virtualmente lo ha hecho, los ha contado.

—Hubo un momento en que me divertían, ahora la pasión ha dejado paso a la obligación.

—¿A quién prefiere usted de sus investigadores?

—¿De dónde ha sacado usted esa horrible palabra?

—El diccionario, señora. Allí suelen estar las más caprichosas y las más vulgares.

—Verá usted. Quiero mucho a mi viejo Hércules Poirot, y a mi viejecita Marple.

—¡Ah, Jane! ¡Qué extraordinaria mujercita!

—¿Qué me dice usted de Tuppence, o de Pye?

—No le digo nada.

—¿Le molestan?

—No. Le tengo mucho afecto a Jane Marple. Me carga su sobrino Raimundo West, pero ella tiene una gran simpatía. A usted se le nota, por lo menos eso pienso, que la prefiere a Poirot.

—No lo crea...

—Perdone usted, pero Jane es un hallazgo. Ella traslada cualquier crimen, cualquier sospechoso, a las gentes de su pueblo. Es como un misterioso eco creador. Hércules Poirot se mueve a través de la seguridad. Desprecia a Hastings, todavía más que Holmes al gran doctor Watson.



—No diga eso de Poirot. Hércules disimula siempre, es una forma de aproximarse a la pieza que cobrar, al culpable que descubrir. No le perdonará a Hastings que se casara con Cenicienta.

—En «Asesinato en el campo de golf».

—Me agrada que lo recuerde.

—Si le agrada, aun puedo decirle que en «Los cuatro grandes» Poirot la esconde para que no sea apresada por una sociedad criminal.

—Esto ya casi me emociona, señor.

—Creo que he leído casi toda su obra, señora Christie.

—Ha hecho usted muy bien. ¿Y cuál le gustó más?

—No lo sé. No puedo precisar. Usted ha insistido mucho en Hércules Poirot, lo ha mimado.

—Es verdad. Yo soy una mujer sentimental. No me explico cómo he podido escribir novelas policíacas, y sin embargo lo he hecho. Pero ¡esos viejecitos! Hércules Poirot y Jane Marple. Me incitaban, me obligaban casi...

—Pero usted, con Poirot ya no escribía la investigación. Había encontrado el pequeño grupo.

—No le entiendo.

—No disimule como una persona sospechosa.

—Es que no sé a donde va...

—Va a saberlo ahora mismo. ¿Recuerda a George?

—Sí, el ayuda de cámara de Poirot.

—¿Y Hastings?

—El buen capitán, amigo, colaborador y narrador de las investigaciones de Hércules.

—¿Y Japp?

—El inspector del Yard, amigo del detective.

—¿Y Felicidad Lemon?

—Naturalmente, la secretaria particular de Poirot.

—¿Se da cuenta? Todo novelista policíaco tiene un grupo que rodea al detective. Conan-Doyle, Van Dine, Gardner... Todos.

—Pero...

—No la acuso, señora. Solamente así es posible ordenar una obra de ese tipo.

—Menos mal. Pero es que yo quise hacer casi un grotesco. Me parece que Poirot casi lo es. Holmes, Vance, Mason son personajes apuestos. Hércules Poirot es otra cosa: cabeza de huevo, ridiculamente pretencioso, bi-



*gotes engomados al máximo, americana negra, pantalón a rayas, zapatos puntiagudos. Eso sí, descubre al culpable. Lo verdaderamente importante es eso.*

—Un fracaso en la novela policiaca es imposible.

—*Usted lo ha dicho. Algunas veces lo hubiese hecho. Pero hubiera roto una tradición. No puedo. ¿Sabe una cosa? Estoy trabajando, tengo un crimen para Jane Marple, todavía no sé cuál. ¿Quiere usted ser el cadáver?*

—No. Tengo que marcharme.

—*Así es mejor. Me encantó conocerle.*

## 7

EDGAR RICE BURROUGHS

**Q**UE tal, señor Rice?

—*Pregunte lo que quiera, porque supongo que vendrá usted a eso.*

—Hoy es algo así como el aniversario de su hombre-mono.

—*Sí, cumple cincuenta años.*

—Pero se conserva en plena forma física.

—*Como si los años no pasaran por él. Ya ve usted, he escrito tres series de novelas con tres personajes. Carson Napies, de 27 años, nacido en la India, de padre inglés y madre norteamericana, que en un cohete gigantesco trata de llegar hasta Marte, pero que al fin es atraído por Venus. El suero de la juventud es un hecho real. Existen los hombres pájaros.*

—¿Y el segundo personaje?

—*Es el capitán John Carter, y se trata de la historia de mi tío John, el hombre que llegó al planeta Marte.*

—¿El tercero será Tarzán?

—*Sí. Y es la historia de un niño que se encuentra solo en la selva y que logra subsistir. Mis tres personajes son tipos no ciudadanos, y aunque Tarzán llegue a perfilarse en ocasiones como John Clayton, los atuendos de los tres se reducen. Tarzán como tal viste con una piel de tigre. El traje de Venus ocupa poco sitio, el vestido de Marte ya no existe, pero*





además son personajes de una gran fortaleza física. No podían ser de otra forma, porque habían de resistir grandes peligros.

—¿Quiere decirme alguna escena curiosa donde participase Carson Napies?

—Verá usted. Ahora que comienzan a ponerse de moda los toros en España, recuerdo una escena de toreo, donde Kamlot, amigo de Napies, mata a un "basto" tras un pase de muleta. El "basto" es un animal cornudo.

—¿Y algún detalle de Jack Carter?

—Por ejemplo, que los marcianos son ovíparos en su reproducción, y que vivirían una larga existencia sino fuese por los deportes peligrosos y por la violencia. Es un planeta que vive en una guerra casi incesante.

—Respecto de Tarzán no hace falta, pues es conocido de todos. Pero ¿cuántas novelas formaron la serie de Tarzán?

—Veintitrés. Basadas en ellas se han hecho treinta películas de largo metraje, y programas de radio y televisión. Además, los cuadernos de aventuras y las páginas de los tebeos. Están también los sucedáneos...

—¿Está usted contento de Tarzán?

—Sí. Es uno de esos personajes que han hecho olvidar el nombre del autor. Reconozco que, sin ir más lejos, Mowgli, el niño de "El libro de la jungla", de Rudyard Kipling, es más importante literariamente que Tarzán de los Monos, pero Mowgli será siempre un personaje de Kipling, mientras que Tarzán de los Monos hay mucha gente que no sabe quien fue su autor.

—Es algo que ocurre a veces, y que quizá debe de producir un poco de melancolía al escritor, ¿no es así, señor Rice?

—No. ¿Por qué? Siempre habrá alguien que sepa que fue obra mía. Y por otra parte me cabe el orgullo de que haya sido traducido a cincuenta y ocho lenguas diferentes.

—¿Y ejemplares, qué número pudiera calcularse?

—Más o menos oficialmente, unos treinta y dos millones. ¿No le parece que es suficiente para estar contento?

—Claro que sí.

—Yo lo estoy. Aunque mis dos ciclos interplanetarios hayan quedado oscurecidos. ¿Sabe usted como empieza uno de los relatos de Napies? No voy a decírselo a la letra...

—No hace falta.



—«Este es el cuarto relato de las aventuras de Carson de Venus, en la estrella del Pastor, según la narró él mismo telepáticamente a Edgar Rice Burroughs, de Lanikai, en la isla de Ooahu».

—¿Y el capitán Jack Carter?

—Ya se lo dije. Fue un manuscrito de mi tío Jack, que encontré y publiqué.

—De Tarzán no hace falta preguntarle nada.

—No, de Tarzán se sabe todo.

